

Yendo hacia adelante: Las influencias integradoras de los procesos afectivos en el desarrollo y en el psicoanálisis

Robert N. Emde

El pensamiento clínico psicoanalítico se ha ido desplazando hacia un modelo organizacional del afecto y la investigación multidisciplinaria amplía este pensamiento. En la teoría psicoanalítica se ha prestado poca atención a las influencias integradoras de los procesos afectivos. Tales influencias son revisadas utilizando ejemplos tomados de la investigación en el desarrollo temprano. Se muestra cómo los procesos afectivos proveen de influencias integradoras a lo largo de los sistemas en el desarrollo individual, facilitando tanto los cambios como la continuidad del desarrollo. De la misma manera, los procesos afectivos proveen incentivos para el desarrollo tanto individual como de su conexión con los otros. Se actualiza la noción de “núcleo afectivo del self” y se revisa la importante idea psicoanalítica de esquemas emocionales del self en su relación con los otros. Las influencias integradoras de los procesos afectivos en el psicoanálisis operan principalmente de manera inconciente y necesitan ser estudiadas más profundamente.

^Ψ En sus orígenes el psicoanálisis se orientaba hacia enfoques deterministas y reduccionistas. En su denominación se destacaba el “análisis”. Sin embargo, con el correr de su historia el pensamiento psicoanalítico fue tomando cada vez más en cuenta la importancia de las complejidades de los procesos de significación e integración, tanto en la práctica como en la vastas arenas de la teoría. No estamos solamente analizando, reduciendo, demoliendo y muriendo. Estamos integrando, acumulando, construyendo y viviendo. Estamos tan interesados con la integración, con la conexión, con el reunir, como lo estamos con el análisis. Sin embargo, paradójicamente, las influencias integradoras raramente han sido colocadas en un lugar prominente.

Lo mismo puede decirse acerca de los procesos afectivos. Los procesos afectivos tratan con lo que es importante en la vida del

individuo. Son un aspecto de su funcionamiento mental enraizados en la biología y en la cultura que, tanto en un sentido inmediato como en lo permanente, dan significado y valor a los sucesos vividos. Puesto que ellos trabajan con lo que es importante, uno podría esperar que los procesos afectivos y sus emociones particulares jugaran un rol en el conectar y en el reunir, en otras palabras, que jugaran un rol en la integración que se va produciendo a lo largo del desarrollo. Pero raramente pensamos de esta manera cuando se trata de los procesos afectivos.

Este trabajo revisará algunas ideas acerca de las influencias integradoras de los procesos afectivos. Su objetivo es modesto: impulsarnos hacia adelante estimulando la discusión, el cuestionamiento, la investigación empírica y la exploración clínica. No hay ninguna duda de que la preocupación principal del psicoanálisis tiene que ver con la desregulación emocional y sus consecuencias. Emociones tales como el desvalimiento, la ansiedad, la depresión y otras miserias (incluyendo su componentes autodestructivos en actividad)

^Ψ Este artículo fue originalmente publicado en *Psicoanálisis APdeBA*, Vol. XX, No 3 (1998)



son características salientes en el trabajo analítico¹. Este ensayo dirigirá su atención a aquello que no ha sido tomado tan en cuenta, es decir a las influencias integradoras de las emociones y los procesos afectivos.

SOBRE LA INTEGRACION Y LA NATURALEZA INTERACTIVA DEL DESARROLLO

¿Qué es la integración? Como se ha indicado, la integración, en un sentido general se refiere a una conexión. A un agrupamiento de partes de manera tal que la coherente totalidad es mayor que la suma de sus partes. En un sentido más particular en lo que respecta al desarrollo, la integración puede ser pensada como una adquisición de coherencia en medio de nuevas coordinaciones entre un individuo en desarrollo y su entorno (Sander, 1980) o como un “encaje secuencial” que va teniendo lugar a medida que el individuo en desarrollo tiene “encuentros decisivos con el medio ambiente” (Erikson, 1950). Hay dos aspectos de la integración que parecen ser prominentes: 1) los que tienen que ver con la incorporación de los cambios que ocurren en el desarrollo y 2) los que tienen que ver con el mantenimiento de la coherencia y la continuidad del individuo en medio de tales cambios. La tesis de este trabajo es que las emociones guían ambos aspectos de la integración del desarrollo².

¹ Al utilizar las palabras “afecto” y “afectivo” quiero dirigir la atención hacia un campo más amplio de la actividad mental que si utilizáramos los términos “cognición” y “cognitivo”. Quiero prestar atención a procesos mucho más particulares como ser el miedo, el enojo o la felicidad.

² El lector reconocerá que en este trabajo la palabra “integración” es utilizada también en otro sentido. Intentaré, en la medida de lo posible, “conectarla” con ideas y conocimientos, con las líneas históricas de nuestro pensamiento psicoanalítico así como con

¿Qué es desarrollo? Una consideración de su definición enfatiza el rol de la integración y sus procesos interactivos. Por definición el desarrollo tiene que ver con cambios del individuo a lo largo del tiempo. Los cambios implican una organización de creciente complejidad. La integración es central puesto que el desarrollo no sólo implica una diferenciación de las partes sino también una conexión de estas partes formando un todo, así como una ordenación de las partes y del todo. Pero hay otro aspecto del desarrollo que requiere ser enfatizado. Por naturaleza el desarrollo es interactivo. A todo nivel, el proceso de desarrollo comprende la interacción de componentes y sistemas que son mutuamente interactivos. El significado personal de un individuo en desarrollo está por lo tanto en expansión, transformación y reorganización y esto tiene lugar en diversos contextos dinámicos

el pensamiento actual a lo largo de un número de disciplinas clínicas y científicas. Llamativamente, en la literatura psicoanalítica la palabra “integración” ha sido utilizada casi exclusivamente en el sentido de conexión de ideas. Como lo sugiere el nombre de nuestro campo –“psicoanálisis”– tendemos a dejar de lado los procesos de integración o –“psico-síntesis”. Desde una perspectiva clínica, a menudo se ha asumido que los procesos de integración se procuran por sí mismos. Es decir, si llevamos correctamente a cabo el trabajo con nuestros analizandos consideramos como muestra de respeto analítico el hecho de que ellos vayan haciendo sus propias conexiones, decidiendo sus “próximos pasos”, ganando nuevos niveles de comprensión del self en relación con los otros. También debe señalarse que en general, la comprensión de los procesos de integración es difícil, no sólo para los psicoanalistas sino también para los científicos del desarrollo. Por lo tanto, este trabajo apela a la utilidad de pensar a los procesos afectivos como “incentivos” para la integración, en vez de enfocar teóricamente la naturaleza de la integración del self.



de interacción e intercambio. Un contexto ambiental especialmente importante para el ser humano es el de las relaciones íntimas y esto será el tema de este trabajo.

CAMBIOS EN LA VISION PSICOANALITICA DEL AFECTO

Dos resúmenes previos de los cambios en la visión psicoanalítica del afecto (Emde, 1980; Emde, 1988) describen el cuadro de los movimientos hacia un modelo de organización. Los cambios comenzaron en algunos de los postreros pensamientos de Freud, pero también a partir de él se fueron incorporando cambios radicales en el mundo clínico y científico. Cada vez más los afectos fueron pensados como un complejo proceso multifacético que incluye sentimientos de placer y displacer. Enraizados en la biología, tales procesos llegaron a ser vistos como una actividad cognitiva y evaluativa que funciona conciente e inconcientemente organizando el funcionamiento mental y el comportamiento. (Ver las referencias a Freud en Emde, 1988; véase también Brenner, 1974; Engell, 1962; Jacobson, 1953; Schur, 1969). El modelo de organización continuó y expandió las formulaciones de Freud de que los afectos son señales ubicadas en el yo. Como señales, los afectos funcionan automáticamente y cumplen una función reguladora. La señal de angustia previene al individuo de verse sumergido en un estado de indefensión que Freud notó que estaba asociado a estructuras específicas internalizadas, jerárquicamente organizadas y originadas en experiencias tempranas. Como se destaca en revisiones anteriores, otros teóricos del psicoanálisis a partir de Freud describieron la señal de depresión de manera análoga a la señal de angustia, donde también hay una secuencia del desarrollo que conduce a una regulación de la autoestima y a la evitación de una depresión extrema (véase Anthony, 1975; Bibring, 1953; Brenner, 1975; Engel, 1962;

Kaufman, 1977). También han sido propuestos otros procesos afectivos que, funcionando como señales, tendrían un rol regulador. Estos incluyen la señal de un sentimiento de seguridad (Sandler, 1960; Sandler y Joffe, 1969) así como la señal de afectos positivos (Engel, 1962; Jacobson, 1953).

Siguiendo estos lineamientos los afectos también pueden ser vistos como adaptativos, actuando tanto autónomamente como en el conflicto (Hartmann, 1939). Los afectos pueden ser vistos como aspectos continuos de nuestra vida y no como característicamente intermitentes o típicamente traumáticos, aunque pueden desregularse y comprometerse en la patología. En la vida cotidiana una variedad de afectos regulan el interés, el compromiso, el aburrimiento, la frustración y su conexión con el mundo puede ser ordenada en una dimensión placer-displacer (véase Blau, 1955; Castelnuovo-Tedesco, 1974; Jacobson, 1953, 1957; Novey, 1961; Rangell, 1967). Las señales de afecto hacia los otros eran consideradas como importantes no sólo en el desarrollo temprano (Basch, 1976; Rapaport, 1953; Schur, 1969), sino también como una parte esencial del proceso psicoanalítico (Greenacre, 1971; Spitz, 1956). Ciertamente, una característica importante del modelo organizacional emergente señalaba la centralidad de los afectos en las relaciones de objeto (Emde, Gaensbauer y Harmon, 1976; Kernberg, 1976; Landauer, 1938; Novey, 1961; Rangell, 1967; Schafer, 1964; Stern, 1985).

LAS DIVERSAS CONCEPCIONES MULTIDISCIPLINARIAS DE LAS EMOCIONES

El campo de la investigación de las emociones se ha caracterizado por una diversidad de teorías, pero recientemente ha habido una



convergencia de pensamientos en términos de un modelo organizacional.³ El modelo es consistente con mucho de lo expuesto hasta ahora pero va más allá. Vale la pena revisarlo pues puede enmarcar nuevos conocimientos acerca de las influencias integradoras.

Existe actualmente amplio acuerdo acerca de que los procesos emocionales forman parte de complejos sistemas donde reina la interacción con otros procesos que se van integrando dinámicamente en el curso del funcionamiento. Existen numerosas sitios de retroalimentación dentro y entre los sistemas mentales que comprenden la percepción, la motivación, las emociones, la cognición, y la acción y es característica la regulación mutua. Considero que hay tres opiniones que unen el pensamiento actual en la investigación.

Primero, hay una opinión organizativa adaptativa donde las emociones son consideradas como procesos activos y adaptativos. Las emociones cumplen dos clases de funciones: 1) las predisposiciones motivacionales de cada individuo y 2) las comunicaciones entre individuos. Por lo tanto, como dijimos antes, las emociones se dirigen hacia adentro y hacia fuera. Son prominentes en la investigación dos fenómenos que actúan de manera temporalmente diferente: los procesos de breve duración (por ejemplo el miedo y el enojo que muchos, siguiendo a Paul Ekman (1994) pueden considerar como “emociones propiamente dichas”) y los procesos de larga duración denominados humores y temperamentos. (Más adelante argumentaré sobre un tercer grupo de fenómenos emocionales, a saber, procesos emocionales latentes, que aunque

raramente estudiados y generalmente inconcientes, son vitales para el desarrollo y para el psicoanálisis). Otro importante aspecto de esta concepción tiene que ver con el principio de regulación. Al igual que en otros sistemas psicobiológicos, hay una zona común de funcionamiento regulador adaptativo y son mucho menos frecuentes las disregulaciones extremas, caracterizadas por “demasiada” o “demasiado poca” emoción. Los psicoanalistas tratan permanentemente con problemas de disregulación. Este trabajo llamará la atención con un aspecto de la regulación que tiene que ver con la llegada de “lo nuevo”.

Una segunda visión, que tiene amplio acuerdo entre los investigadores de las emociones, tiene que ver con la complejidad. Mientras que algunas emociones (por ejemplo felicidad, enojo, miedo y tristeza) eran consideradas “básicas” o el basamento sobre el cual se desarrollaban las otras emociones, las investigaciones mostraron que esto no es tan simple. Actualmente las emociones son vistas en términos de un flujo informativo de procesos mentales que tienen significativos componentes y configuraciones. La ordenación de los componentes es a menudo compleja y no lineal. Así, puesto que los componentes de las emociones tienen que ver con subsistemas de evaluación, expectativas, excitación, sentimientos de placer o dolor, retroalimentación autónoma y somática, así como retroalimentación a partir de gestos, acciones y comunicación con los otros, todo puede ocurrir en configuraciones variadas. Y variadas configuraciones tienen lugar en diferentes contextos: es decir dependen de sus conexiones interactivas en determinadas circunstancias (Ellman y col., 1996; Lazarus, 1991; Scherer, 1984). Desde este punto de vista los psicoanalistas trabajan con componentes y configuraciones emocionales cambiantes, con viejas y nuevas modalidades que aparecen en el curso del trabajo analítico.

³ Puesto que el pensamiento multidisciplinario ha examinado emociones en particular y se refiere a sí mismo como un campo de “investigación de las emociones”, yo utilizaré aquí las palabras “emoción” y “emocional” para hacer un enlace con la literatura.



Una tercera concepción es la relacional y especifica la importancia del contexto. Las emociones solían ser investigadas principalmente en simplificados experimentos de laboratorio o en contextos aislados. Ya no es más así. Ahora se considera que todos los procesos emocionales involucran las relaciones individuo-medio ambiente y por lo tanto necesitan ser estudiadas en circunstancias adaptativas más naturales. Más específicamente se considera que las emociones son construcciones mejor entendidas en términos de objetivos de un individuo (con intenciones y valoraciones) en relación con los objetos o personas que lo rodean (Campos, Campos y Barrett, 1989; Lazarus, 1991).

Estos tres puntos de vista acerca de las emociones pueden parecer abstractos pero nos pueden ser de utilidad para enmarcar los actuales descubrimientos en genética molecular y en neurobiología del desarrollo (Emde, Robinson y Corley, 1996).

Enumeraremos ahora los mecanismos de influencia sobre los componentes y configuraciones de la emociones en relación a los contextos específicos. Tales perspectivas no son triviales. Krause y col. (Anstadt, Merten, Ullrich y Krause, 1997; Krause, 1997) nos han aportado una visión contemporánea al incorporar las investigaciones en emociones y psicoterapia psicoanalítica que tratan tales temas. Más aún, hemos aprendido que los potenciales genéticos son activados en determinados ambientes y que la expresión genética puede ser profundamente influenciada por el contexto ambiental (Gottlieb, 1992). Las influencias ambientales y genéticas en lo que respecta a los componentes de los procesos emocionales son susceptibles de cambios con el desarrollo. Para el trabajo psicoanalítico, el desarrollo comprende transacciones de experiencias que tienen lugar en relaciones sociales íntimas y de creciente complejidad emocional; correspondientemente las influencias genéti-

cas y ambientales (incluyendo las oportunidades para las interpretaciones) pueden variar.⁴

INFLUENCIAS INTEGRADORAS EN LOS AÑOS TEMPRANOS

Con estos antecedentes revisaremos ahora cómo los procesos afectivos proveen de influencias integradoras tanto para los cambios en el desarrollo, como para la continuidad del mismo. Los procesos involucrados en la continuidad y en el cambio, aunque interdependientes, serán presentados en diferentes secciones. Nuestro foco estará puesto en el desarrollo temprano, por la extensa investigación

⁴ Análisis recientes de nuestro Mac Arthur Longitudinal Twin Study (Plomin y col., 1993) ilustran los cambiantes aspectos de la genética y las influencias ambientales en las emociones durante el segundo y tercer año de vida. Los componentes de la respuesta emocional empática de los niños frente al malestar de otro incluyen comportamientos tales como control visual cognitivamente orientado, emotividad y actividades pro-sociales como ser ayudar, confortar y compartir (Zahn-Waxler, Radke-Yarrow y King, 1979; ZahnWaxler, Radke-Yarrow, Wagner y Chapman, 1992). Las influencias genéticas y del entorno de tales componentes indicados por patrones de similitud en gemelos idénticos, cuando se los compara con pares de mellizos fraternos, variaban con diferentes influencias a diferentes edades. Además, tales influencias variaban según quien fuera la persona sufriente en la situación de prueba. Se encontró una influencia predominantemente genética en la respuesta empática de los niños (similitudes mucho más altas para los gemelos idénticos que para los fraternos) cuando la persona sufriente en la prueba era el entrevistador. Pero cuando la persona era la madre, las influencias predominantes eran las típicas del medio (indicado por sustanciales similitudes en los gemelos idénticos y en los fraternos). En otras palabras, el contexto de la prueba hace una gran diferencia. Presumiblemente, fuertes influencias socializadoras, compartidas por los mellizos en las interacciones cotidianas con los padres y otros eran de gran influencia en el contexto, donde la madre provocaba la respuesta empática del niño pero no aparecía en el contexto con el entrevistador.



que se ha hecho sobre este período de la vida y porque nos permite destacar rápidamente los procesos de desarrollo donde las señales de afecto promueven conexiones integradoras.

LAS EMOCIONES Y LOS CAMBIOS EN EL DESARROLLO: TRANSICIONES DE LA NIÑEZ TEMPRANA

Aunque considero que los procesos afectivos proveen de influencias integradoras a lo largo de toda la vida, quizá los ejemplos más dramáticos ocurren durante las transiciones de la niñez temprana. René Spitz, en una monografía pionera publicada hace 30 años, señaló que el desarrollo infantil no ocurre de manera lineal sino de manera escalonada (Spitz, 1959). Spitz describió tres períodos de transiciones escalonadas en los dos primeros años de vida del niño, cada uno de ellos asociado con nuevas configuraciones emocionales. Posteriormente a estos tres períodos se les dio validación empírica en un estudio longitudinal (Emde, Gaensbauer y Harmon, 1976). En la actualidad podemos señalar seis períodos de transición durante los primeros cuatro años de la vida del niño. Pensando ahora acerca de tales transiciones vemos que hay momentos en el desarrollo en que tales cambios son pregnantes, duraderos y comprenden una completa reorientación en la relación individuo/medio ambiente (Emde y Campos, en preparación). Aparecen nuevas modalidades de procesos emocionales y nuevas señales emocionales que funcionan como basamento para otros cambios en el niño y en el rol del niño dentro de la familia.

Las seis etapas transicionales que describiremos a continuación poseen una considerable documentación clínica y de investigación. Al ir desplegando las líneas del modelo de organización de los afectos abogados en este trabajo destacaré brevemente las transiciones, enfatizando las nuevas modalidades emocionales y sus aspectos relacionales. Las nuevas

modalidades, en virtud de sus funciones como señal tanto interna como externa, sirven para promover nuevas conexiones.

La primera transición aparece a continuación de las regulaciones adaptativas del nacimiento y del post-nacimiento que tienen lugar durante el período de recién nacido. El llanto predomina como expresión emocional, comunicando malestar y un demandante mensaje para los cuidadores: “¡ven, haz algo!”. Sobre todo, las expresiones emocionales de llanto, de alerta y vigilia y de quietud son utilizados por el cuidador o por el clínico para evaluar estados de necesidad y de motivación. Estas expresiones emocionales también señalan procesos internos que indican que el recién nacido va adquiriendo confianza y experiencia para auto calmarse en el contexto de la regulación por otros. En otras palabras, el recién nacido comienza a experimentar y expresar su individualidad en medio de una íntima conexión con el cuidador. Este es un hecho muy apreciado en la Escala Brazelton de Medida de Evaluación del Comportamiento Neonatal (Brazelton, 1969; Sameroff, 1978). También los cambios en la expresión emocional son prominentes en la determinación de los cinco períodos del desarrollo que siguen al período neonatal. Tales cambios ocurren hacia el final de los profundos cambios psicobiológicos que tienen lugar durante cada etapa. En las siguientes descripciones el lector debe tener en cuenta que las edades de cada transición son aproximadas y que las variaciones individuales en los tiempos aumentan a medida que el niño va creciendo (Emde, Gaensbauer y Harmon, 1976).

El comienzo y el florecimiento de la sonrisa social marca una transición que tiene lugar a los dos o tres meses de vida. Esta nueva expresión emocional aunque tiene precursores (véase Emde y Harmon, 1972), amplifica el placer y se acompaña de otras señales emocionales que indican un cambio interno. Estas incluyen la sorpresa en medio de nuevas expe-



riencias placenteras y expresiones de alerta y de interés sostenido. Estas modalidades emocionales, combinadas con una creciente capacidad para el contacto a través de la mirada, proveen de nuevas oportunidades para el contacto social y el aprendizaje. Sentimientos de placer, tanto internos como de relación son indicados por los recíprocos intercambios de sonrisas con la madre y con los otros y por los crescendo de excitación que tienen lugar en tales interacciones. Las influencias integradoras de tales experiencias emocionales pueden ser comprobadas en los cambios en las expectativas de los familiares. Los padres típicamente responden no sólo aumentando sus propias interacciones con el bebé, sino también llevando al niño fuera de la casa y mostrándolo más a los demás. Padres flamantes nos han dicho que su bebé, ahora alerta y sonriente, es más un ser humano y menos un muñeco.

El comienzo del intenso malestar frente a los extraños y malestar por la separación de los cuidadores primarios forma parte de la nueva configuración emocional que ocurre hacia el final de la transición del sexto al octavo mes. La familia responde a los cambios internos del bebé con un incremento de sus expectativas. El bebé les dice que ellos son especiales de una manera nueva, puesto que las separaciones y las sustituciones de cuidadores, debido al intenso malestar que le producen, tiene diferentes consecuencias. Pero hay otros cambios en las señales emocionales en estos momentos que también están indicando intensos cambios en la organización emocional cognitiva y social; estos cambios también enfatizan nuevos roles y expectativas familiares. En este momento comienza la socialización. Los bebés comienzan a buscar las expresiones emocionales de los otros significativos (usualmente la madre o el padre) cuando se encuentran en situaciones de incertidumbre. Dependiendo de las emociones vistas u oídas en los otros, los bebés pueden

acercarse o evitar el acercamiento a un extraño o a un juguete nuevo (véase los resúmenes de los estudios de Emde, 1992).

La exuberancia relacionada con el comienzo de la marcha y las consecuencias sociales emocionales marcan el comienzo de la transición del décimo al décimotercer mes. Los clínicos, incluyendo a Margaret Mahler y sus colaboradores, tipificaron este momento como uno en el que el niño tiene un intenso afecto positivo y despliega emociones que comunican un sentimiento de exaltación y orgullo (Mahler, Pine y Bergman, 1975). También suele experimentar malestar intermitente como consecuencia del dolor relacionado con las caídas. Sin embargo, es más probable que el niño experimente estados afectivos de incertidumbre debido a la ampliación del mundo y a las prohibiciones del cuidador. Por ello, una característica de esta transición es un mayor uso de las comunicaciones sociales a distancia con los adultos.⁵ El ambulatorio tiene necesidad de una “recarga emocional” con los cuidadores para poder continuar con sus exploraciones. Por lo tanto en esta etapa hay una mayor autonomía pero también hay una mayor conexión. Las comunicaciones afectivas incrementan nuevos cambios en los

⁵ En un estudio controlado longitudinalmente encontramos que los cambios arriba mencionados no ocurrían en todos los deambuladores sino más bien en aquellos que habían comenzado a caminar más temprano (Biringer, Emde, Campos y Appelbaum, 1995). Los caminadores tempranos de este estudio también se caracterizaban por una particular predisposición emocional antes, durante y después de la transición – una predisposición a expresar malestar por la restricción física (como ser al vestirlos, sentarlos en una silla o llevarlos a la cama). Este estudio hecho en niños normales enfatiza la importancia del tiempo y del temperamento. Los niños que normalmente entran en las transiciones del desarrollo más temprano pueden tener experiencias emocionales distintas de aquellos que lo hacen más tardíamente.



roles del niño, no sólo para reaseguramiento y adquisición de destreza sino también por razones de seguridad.

Los profundos cambios en la transición de los 18 los 22 meses han sido descritos como el momento de “la transición desde la infancia a la niñez temprana” pues los cambios incluyen los comienzos de la conciencia de sí y del lenguaje con muchas palabras (Fenson y col. 1994; Kagan, 1981; Lewis y BrooksGunn, 1979). No son menos dramáticas las nuevas modalidades emocionales y sus conexiones. Por ejemplo aparecen tempranos sentimientos morales. Uno de ellos es la empatía. El niño puede no solamente responder al malestar de la madre con resonantes sentimientos de malestar, sino que también puede embarcarse en acciones prosociales como ser cuidar, confortar y ayudar, como han demostrado ampliamente Carolyn Zahn-Waxler, Marian Radke-Yarrow y otros (Radke-Yarrow, Zahn-Waxler y Chapman, 1983; Zahn, Waxler, Radke-Yarrow, Wagneer y Chapman, 1992). Otra modalidad emocional que indica un cambio en la señalización interna es el malestar que aparece cuando se produce un cambio en lo esperable como lo ha referido Jerome Kagan (Kagan, 1981). El niño a menudo se altera cuando encuentra una muñeca rota o un juguete sucio, indicación de una desviación de lo esperado. También éste es el momento de la aparición de expresiones de vergüenza. Otro cambio en las señales emocionales es la aparición del “no semántico” (Spitz, 1957) y signos de negativismo y caprichos, con consecuencias para la interacción con el cuidador que han sido bien descritas por Sander (1962) y por Mahler y col. (1975). No es sorprendente que nuevamente la familia responda a tales cambios emocionales y reorganice los roles del niño. Ahora se hace al niño más responsable de sus intenciones (por ejemplo, por donde camina) y de la regulación de algunas de sus emociones (por ejemplo, menos caprichos, más tolerancia a la frustra-

ción). Correspondientemente aumentan las exigencias de socialización.

La transición de los tres-cuatro años llega cuando el preescolar domina el lenguaje. La capacidad para relatar una experiencia emocional es otra tremenda adquisición del desarrollo, una en la que el niño no sólo puede representar la experiencia pasada y las expectativas futuras de manera coherente, sino que también puede ponerlas en palabras y compartirlas con otros. Así, el niño puede contar a la madre lo que pasó en el jardín de infantes cuando ambos estaban separados. Los relatos permiten la “adquisición de sentido afectivo” y típicamente tienen que ver con situaciones emocionales inesperadas o con conflictos (Wolf, Rygh y Altshuler, 1984). También los relatos permiten al niño buscar posibilidades alternativas para sucesos futuros, como ha enfatizado Jerome Bruner (Bruner, 1986). De esta manera, la comprensión que tiene el niño de las situaciones familiares, los conflictos, las posibilidades, los roles, es a menudo “actualizada” y conectada al hacer el relato.⁶

⁶ La comprobación de las diferencias individuales en los temas de relatos emocionalmente cargados son ahora la base de una técnica de investigación que constituye una ventana para explorar la comprensión del niño de las relaciones familiares, así como de una variedad de temas morales y emocionales en los comienzos de la etapa edípica. Encontramos que relatos inducidos por el juego se enlazan con la presencia o ausencia de problemas emocionales o de conducta (Bretherton, Ridgeway y Cassidy, 1990; Buchsbaum y Emde, 1990; Oppenheim, Emde y Warren, 1997; Oppenheim, Nir, Warren y Emde, 1997; Toth, Cicchetti, Maefie y Emde, 1997; Warren, Oppenheim y Emde, 1996).



EMOCIONES Y CAMBIOS EN EL DESARROLLO: EMOCIONES COTIDIANAS FORTALECEDORAS DEL SELF EN ADICION A LAS EMOCIONES SUSTENTADORAS DEL SELF

Los procesos afectivos refuerzan los cambios del desarrollo de manera cotidiana y no solamente en los momentos de transición y están asociados al desarrollo cognitivo. Así, las emociones que denominamos sorpresa, interés, deseos de compromiso social y placer por la destreza adquirida acompañan la propensión del niño a “conocer bien el mundo”, a embarcarse en la básica tendencia biológica de buscar información y procesarla según lo que le es familiar, por ejemplo “la asimilación cognitiva” como la denominó Piaget (1936).

Este “conocer bien el mundo” es prominente en la infancia temprana pero también es un aspecto del desarrollo presente durante toda la vida, es lo que yo he descrito en otro lugar como una forma fundamental de desarrollo (Emde, 1990). Las emociones positivas indican placer en incrementar la organización, donde tanto las señales internas como externas proveen de retroalimentación desde sí mismo y desde los otros. Para llamar la atención sobre este aspecto del proceso emocional de manera general yo he referido previamente a que en tales emociones hay un “placer negentrópico” involucrado, a los efectos de proveer un contraste con la teoría previa, donde todas las emociones eran consecuencia de la entropía o impulso de descarga (Rapaport, 1959). El cambio hacia una apreciación psicoanalítica del desarrollo humano como un ser buscador y procesador de información en medio de una creciente complejidad, un proceso que está guiado por las emociones, tiene su antecedente en algunas de las ideas de Erikson (1950), Fenichel (1945), Freud (1905), Hartmann (1939), Loewald (1960, 1971) y Spitz (1959) y detalladas revisiones de este cambio pueden ser encontradas

en Bowlby (1969), Bucci (1997), Emde (1980), Lichtenberg (1989), Peterfreund (1971) y Schore (1993).

En vez de denominarlas emociones negentrópicas yo prefiero pensar funcionalmente acerca de estas cotidianas emociones fortalecedoras del self en oposición a las emociones sustentadoras /defensivas del self. Mientras que los procesos emocionales de tono negativo también pueden ser fortalecedores del self, en la medida en que motiven el aprendizaje por la incorporación de nuevos puntos de vista y conocimiento, las emociones como ansiedad, desamparo, temor, enojo, tristeza, depresión, disgusto, vergüenza, culpa y otras señales emocionales negativas son usualmente defensivas y sustentadoras del self. Tales emociones generalmente cumplen funciones de alerta y protección defensiva así como de calma y coherencia. La teoría psicoanalítica, así como el trabajo clínico, han estado interesados principalmente con las emociones relacionadas con el mantenimiento y defensa del self. Como lo documenta tan ampliamente la literatura, esto se conecta con recuerdos y expectativas reprimidas o “evitadas” y funcionan de esta manera para mantener el sentimiento de estabilidad y coherencia. Y, por supuesto, tanto las emociones positivas como las negativas juegan un papel en los procesos de organización defensiva. Es bueno sentirse seguro y tranquilizado.

Que estas emociones positivas y negativas pueden jugar un papel ya sea para el fortalecimiento del self o para su mantenimiento o defensa y para facilitar los procesos cognitivos, indica la presencia de una importante complejidad dinámica. Esto puede ser ilustrado con lo que los investigadores experimentales han aprendido acerca de la incorporación de nueva información. Si un suceso ambiental es leve o aun moderadamente discrepante con lo que es conocido, tiende a ser vivido como interesante. Si es extremadamente discrepante puede ser vivido como atemorizador. Simi-



larmente, una imagen familiar, apareciendo en un contexto inesperado, puede ser vivido con sorpresa y aun con júbilo, siempre y cuando la aparición no sea demasiado abrupta. Sin embargo, cuando existen restricciones o se imponen restricciones a los planes de uno para resolver la discrepancia, puede haber frustración y enojo (Izard, 1977). Contrariamente, cuando el plan es llevado a cabo y se resuelve la discrepancia, aparece placer por la adquisición (Morgan y Harmon, 1984).

LAS EMOCIONES Y LA CONTINUIDAD EN EL DESARROLLO: UN NUCLEO AFECTIVO, EL REFERENTE SOCIAL Y LA DISPONIBILIDAD EMOCIONAL

Hasta ahora hemos estado enfatizando el cambio en el desarrollo. Los nuevos patrones emocionales guían las nuevas conexiones durante los momentos de las transiciones en el desarrollo y las señales emocionales cotidianas guían las conexiones con las experiencias nuevas. Veamos ahora las relaciones entre las emociones y la continuidad en el desarrollo. Propuse hace un tiempo (Emde, 1983) que cada individuo, desde el comienzo, obtenía un sentimiento de continuidad durante los cambios en el desarrollo a través de la vida gracias a una modalidad individualizada y duradera de monitoreo afectivo. Esta teoría de un núcleo afectivo del self se originó en las sugerencias previas de Rangell (1967) y de Izard (1977). Se propuso que debido a una organización biológica básica, y debido a relaciones vitales de procesos afectivos que son de aparición temprana y relativamente estables, un núcleo de patrón de respuesta afectiva provee a cada individuo de un sentido de coherencia integral, que nos permite efectivamente saber que somos los mismos pese a lo mucho que cambiamos. Nuestro núcleo afectivo también nos da un sentimiento de coherencia cuando nos conectamos con los otros seres humanos. Por lo tanto también puede ser considerado

como un núcleo para la intersubjetividad así como para el self. Finalmente, debido a que nuestro núcleo afectivo da significado y coherencia a lo que sentimos profundamente como individuos, también nos da un sentido de la unicidad de nuestra experiencia.

Las bases que evidencian esta teoría pueden ser revisadas en la publicación de 1983 y también en una elaboración subsecuente (Emde, Biringen, Clyman y Oppenheim, 1991). Hay abundante apoyo para la conclusión de que el infante tiene capacidades innatas para monitorear experiencias de acuerdo a lo que es placentero o displacentero, capacidades que continúan guiando su compromiso con el mundo y con el aprendizaje a lo largo de toda su vida. Una disposición biológica para la coherencia emocional, extendida a todas las especies, está indicada por los hallazgos de que un número de modalidades de expresiones emocionales aparecen ya en la infancia (por ejemplo felicidad, enojo, miedo, tristeza, disgusto e interés) y éstas son las particulares modalidades expresivas que Darwin señaló como teniendo una base evolutiva (Darwin, 1872). Además, existe considerable evidencia de patrones emocionales coherentes a través de distintas culturas (especialmente las expresiones faciales) y hay evidencia experimental de una similar organización de expresiones emocionales a lo largo de la vida. Pero, lo más importante, existe evidencia de significativas variaciones individuales con respecto al estilo de la respuesta emocional de una persona. Y con el correr del tiempo, las emociones indican la valoración de la experiencia particular de cada individuo. La coherencia de una modalidad emocional es utilizada en sentido general y particular en la práctica clínica y en la vida cotidiana. Las comunicaciones emocionales nos permiten conectarnos con la humanidad de los otros y también nos permiten apreciar lo que es realmente importante. Los estudios de la infancia señalan un importante requerimiento para el



núcleo afectivo del self, a saber la existencia de una comunicación emocional coherente y la disponibilidad de los cuidadores (Bowlby, 1973; Campos y col., 1983; Feinman y Lewis, 1981; Mahler, Pine y Bergman, 1975; Sorce y Emde, 1981). Mientras que las emociones de la más temprana infancia proveen de un sentido de coherencia para la experiencia reguladora del self, esto sólo ocurre si existe “un otro regulador del self” (Sander, 1985; Stern, 1985). Muchos investigadores han descrito cómo la respuesta del cuidador proporciona coherentes intercambios emocionales que incluyen rutinas de experiencias que se repiten y con las que se puede contar (Emde, y col. 1991; Tronick, 1980; confrontar la noción de Erikson de confianza básica, 1950). Como resultado de tales intercambios es razonable asumir, como teoriza Stern (1985), que el infante forma representaciones prototípicas de experiencias interactivas cargadas de afecto. Más aún, parece ser que el infante llega a desarrollar procedimientos de regulación emocional para monitorear la disponibilidad emocional del cuidador (Clyman, 1991). Entre los siete y los nueve meses de edad, el referente social infantil, como lo hemos descrito antes, es un proceso donde el bebé busca señales emocionales de los otros significativos para guiar su comportamiento haciendo uso así de la continuidad de la señalización emocional (Emde, 1992; Feinman y Lewis, 1983; Klinnert, Campos, Sorce, Emde, y Svejda, 1983).

El desarrollo moral temprano ilustra otro aspecto vital de la continuidad emocionalmente guiada. Reglas internalizadas acerca de la reciprocidad social, normas por la manera en que las cosas “son” y los patrones de la manera en que la gente se comporta se internalizan como resultado de las experiencias de relación con el cuidador durante la infancia. Que los procesos afectivos juegan un papel en mantener unidas estas tempranas formas del desarrollo temprano está indicado en el hecho de que las señales infantiles de malestar emo-

cional tienen lugar cuando el infante se encuentra en una situación en que tales reglas son violadas (Emde, Johnson y Easterbrooks, 1987; Kagan, 1981).⁷

REVISIÓN DEL CONCEPTO DE NÚCLEO AFECTIVO DEL SELF: LOS PROCESOS EMOCIONALES QUE LO SUSTENTAN

Parece apropiado revisar ahora la idea de un núcleo afectivo del self. Primero el marco básico. El ser humano desarrolla una capacidad para la experiencia emocional y la expresión que es evolutiva y está ampliamente distribuida; nos da además una forma básica y coherente de comunicarnos con nosotros mismos y con los otros. Más allá de tales capacidades para las emociones humanas que todos compartimos, los psicoanalistas están vitalmente interesados en la individualidad de las emociones. De alguna manera, la idea de un conjunto organizado de parámetros coherentes, de temprana aparición para la expe-

⁷ Muchas de estas ideas, aunque basadas en investigaciones y observaciones recientes, tienen su anclaje en importantes aspectos del pensamiento psicoanalítico. Especialmente un respaldo para la idea de que el sentido de coherencia emocional del self está enraizado en la coherente disponibilidad emocional de los cuidadores tempranos, puede ser encontrado en numerosas perspectivas psicoanalíticas. Importantes conceptos están incluidos en los “diálogos” afectivos tempranos (Spitz, 1965), “el maternaje suficientemente bueno” y el “medio ambiente sostenedor” de Winnicott (1965), el padre como un “continente” y la sensibilidad o sintonía de los padres a las señales y necesidades emocionales del bebé (Bowlby, 1973; Brazelton y Cramer, 1990; Mahler y col. 1975; Osofsky y Eberhart-Wright, 1989 y Stern, 1985). También se incluye la disponibilidad emocional de los padres en respuesta a las necesidades de “recarga emocional” (Mahler y col., 1975) y la disponibilidad de la respuesta especular parental hacia los estados afectivos del niño para que éste pueda desarrollar el sentimiento de coherencia (Kohut, 1971; 1977; Stolorow, Brandchaft y Atwood, 1987).



riencia emocional de un individuo es similar al concepto de temperamento. Una importante definición del temperamento, basada en la investigación, se centra en acentuar las diferencias individuales precisamente con respecto a estas características de la emocionalidad (Goldsmith y Campos, 1982) y a otros determinados comportamientos extremos en una respuesta emocional coherente (Kagan, 1994). Sin embargo, lo que yo tenía entendía al usar la metafórica expresión “núcleo afectivo” no era el temperamento. Aunque las predisposiciones temperamentales pueden influir sobre la respuesta emocional, tales predisposiciones tendrían menos que ver con el hecho de guiar la experiencia individual coherente. Lo que yo pensaba era un monitoreo de los procesos emocionales corrientes que contribuyen al propio sentido de continuidad. Sorprendentemente, los procesos emocionales básicos corrientes, éstos que ocurren a diario, no son muy discutidos por los teóricos de las emociones. En cambio, el campo de las emociones se ha centrado en las reacciones emocionales de corta duración, en los estados de humor más prolongados o en las predisposiciones emocionales referidas como temperamento (véase la discusión en Ekman y Davidson, 1994; Scherer y Ekman, 1984; Lewis y Haviland, 1993). Mi idea era que el núcleo afectivo provee de influencias ordinarias continuas a nuestra experiencia, influencias básicas de las que habitualmente no somos conscientes pero que en un sentido tenemos siempre presente. Luego de su formulación original, la idea de un núcleo afectivo del self fue asociado al proceso de conocimiento y a la actividad mental, un área de funcionamiento automático no-conciente que a menudo es apreciada sólo cuando se produce una interrupción de la “regla” significativa que gobierna el suave funcionamiento del proceso mental (Emde, Biringen, Clyman y Oppenheim, 1991).

Como lo ilustra la discusión previa, otro aspecto de la idea original fue que el núcleo

afectivo se iba enlazando a experiencias con los otros seres significativos mediante experiencias emocionales repetidas que se internalizaban en el curso del desarrollo temprano. Esta línea de pensamiento nos conecta con un número de pensadores psicoanalíticos contemporáneos que también enfatizan la importancia de las representaciones afectivas tempranas duraderas del self y de los otros (especialmente Kernberg, 1990; y Stern, 1985).

Sin embargo, en la actualidad hay mucho más para decir. En primer lugar, parece claro que cualquier noción de coherencia del núcleo afectivo se debe referir a múltiples procesos interactivos y no a un proceso global singular. Segundo, ha recibido apoyo la noción de procesos emocionales en curso que proveen de un respaldo. Antonio Damasio (1994), un neurólogo interesado en emociones, funcionamiento mental y conciencia, ha revisado las investigaciones hechas por él mismo y por otros y que convergen en una idea sorprendentemente similar. Damasio conceptualiza los “sentimientos de fondo” (background feelings) como poseedores de complejas representaciones del estado actual del cuerpo que son distribuidas a numerosas localizaciones cerebrales corticales y subcorticales. Sólo ocasionalmente nos damos cuenta de tales sentimientos pero somos capaces de hablar acerca de ellos si, cuando adultos, se nos pregunta cómo nos sentimos. Tales sentimientos, enfatiza Damasio, contribuyen a nuestro corriente sentimiento de identidad, anclando nuestro “ilusorio sentimiento de mismidad” en medio del cambio (página 155).

Tercero, me gustaría agregar otro importante aspecto. Los procesos emocionales en curso están continuamente activos en relación a los sistemas de memoria aunque ellos son construidos y reconstruidos durante cualquier circunstancia, en particular al ser evocados. Puesto que las emociones están asociadas a experiencias relacionales específicas del pasado, son probablemente activados por simila-



res circunstancias del presente. Esto conduce a una idea muy útil de esquemas emocionales del self en relación a los otros (Bucci, 1997; Horowitz, 1991). El núcleo afectivo del self puede ser pensado como un agregado de tales esquemas, existiendo en forma potencial. Esto incluye tanto los esquemas que son dinámicamente inconcientes así como aquellos que son no-concientes en virtud de ser procedimientos susceptibles de ser activados automáticamente.

EL PENSAMIENTO PSICOANALITICO ACERCA DE LA INDIVIDUALIDAD Y LA CONEXIÓN: ESQUEMAS EMOCIONALES DEL SELF EN RELACION A LOS OTROS

Dos teóricos del psicoanálisis han señalado la importancia que para el desarrollo tiene el bagaje emocional pre-existente y en curso. Ambos han enfatizado la importancia del funcionamiento adaptativo, así como sus conexiones con representaciones del self en relación con los otros. La conceptualización de Joseph Sandler de “respaldo de seguridad” se refiere a los sentimientos preexistentes que proveen de un marco de referencia para la organización y evaluación del significado de las percepciones tanto en la experiencia del desarrollo como en el psicoanálisis (Sandler, 1960; Sandler y Joffe, 1969; Sandler y Sandler, 1978). Las conceptualizaciones de John Bowlby acerca del sentimiento de seguridad también se refieren al respaldo emocional preexistente (Bowlby, 1969). El respaldo provisto por el sentimiento de seguridad permite la exploración y tiene su origen en la experiencia del vínculo emocionalmente sensible con el cuidador, donde las respuestas a las necesidades y a las comunicaciones afectivas del bebé son internalizadas.

Muchos investigadores han provisto las bases para pensar acerca de cómo los procesos afectivos unen al self con los otros. Muchos han enfatizado que las representaciones afec-

tivas del self en relación con los otros surgen juntas en las experiencias tempranas de crianza y continúan posteriormente (Bion, 1962; Erikson, 1959; Fairbairn, 1963; Guntrip, 1971; Klein, 1967; Sander, 1980; Spitz, 1959; Winnicott, 1965). Más específicamente Otto Kernberg (1976) ha teorizado que las unidades básicas de motivos integrados surgen en la infancia y comprenden afecto, self y objeto, una noción que puede ser pensada en los términos actuales de esquemas emocionales del self en relación con los otros. Picos de estados afectivos de experiencias de placer o displacer con el cuidador, al ser internalizados, motivan los correspondientes deseos ya sea de repetir o de evitar experiencias afectivas similares. Una implicancia de las formulaciones de Kernberg es que cuando tiene lugar la estructuración de una experiencia con representaciones del self en relación a los otros organizadas por los afectos, tal estructuración continúa de manera latente o en curso.

Volvamos a Bowlby. Según Bowlby el sistema de apego está continuamente activo. El monitorear la accesibilidad de la figura de apego ocurre aún sin darse cuenta siguiendo lo que se conceptualizó como “modelos de trabajo del apego”. Tales modelos son conjuntos de expectativas que incluyen representaciones del self en relación con los otros y que están unidas por afectos que pueden ser, utilizando los términos de este trabajo, fortalecedores del self (como en el apego seguro) o mantenedores/defensores del self (como en el apego inseguro). Más aún, los modelos de trabajo de las relaciones de apego persisten en el curso del desarrollo y son reconstruidos a la largo de la niñez y la adultez.

Daniel Stern (1985, 1989) describe el íntimo desarrollo del self en relación con los otros como el desarrollo de un mundo interpersonal en la infancia. En un sentido ordinario, las representaciones de las interacciones con los cuidadores primarios se generalizan y guían las expectativas y el comportamiento



subsiguiente. El mundo interpersonal es ampliamente afectivo, siendo el desarrollo estimulado por la “sintonía afectiva” que es considerada como la respuesta intersubjetiva a las distintas emociones y a la “vitalidad de los afectos” (cambios en intensidad, excitación y ritmo a través del tiempo) que tienen lugar en las experiencias interactivas entre el niño y el cuidador. Stern utiliza la idea que toma de las ciencias cognitivas, de que las experiencias se categorizan en formas prototípicas. Tales formas están a menudo conectadas con afectos, pero Stern deja abierta la cuestión de hasta qué punto todas esas configuraciones están organizadas por el afecto (Stern, 1989).

Ideas acerca de un funcionamiento reflexivo o “mentalización” como las propuestas por Peter Fonagy y Mary Target (1997) son conceptos psicoanalíticos más recientes que asocian el self en las relaciones con el otro con la participación del afecto. El funcionamiento reflexivo se refiere a la habilidad de apreciar los estados mentales (como sentimientos, creencias e intenciones) en los otros y en uno mismo. Esta habilidad es utilizada para interpretar las acciones de los otros y otorga una permanente coherencia a la organización del self. Tal funcionamiento es visto como una habilidad que se adquiere temprano en el desarrollo y generalmente opera inconscientemente a lo largo de la vida como un procedimiento automático. Sus orígenes están presumiblemente asociados a los repetidos intercambios de afecto entre padres y niños. Así, cuando una madre “refleja” la expresión de su bebé, “...la representación materna del afecto del bebé es representada por el niño y es mapeada en la representación de su estado del self” (p. 683). (Véase también Gergely y Watson, 1996).

La teoría de los esquemas emocionales del self en relación con los otros es presentada de una manera particularmente atrayente por Wilma Bucci (1997). Abrevando en recientes conocimientos aportados por las neurociencias

y el cognitivismo, Bucci ubica tales esquemas en el centro de gran parte de la actividad mental que concierne al psicoanálisis. El lector encontrará que la perspectiva de procesamiento de la información que hace Bucci se desplaza a lo largo de los lineamientos de este trabajo y pasará a revisarlo en más detalle. Los componentes del proceso emocional incluyen conocimiento, conducta y funciones fisiológicas y son complejos; por lo tanto, desmenuzar la experiencia en clases de emoción funcionalmente equivalentes (por ejemplo categorización de las emociones) también es muy complejo. Para cada emoción, digamos enojo, existiría un amplio espectro de ejemplos, por eso se aboga por la utilidad de pensar en prototipos emocionales. Los prototipos emocionales varían según la experiencia individual y el contexto de la situación, así como en el cambiante contexto del desarrollo. Para Bucci, los esquemas emocionales comienzan a desarrollarse en una forma no-verbal, incluyendo procesos sub-simbólicos (sensorial, visceral, y sensaciones cenestésicas modeladas por sistemas procesadores paralelamente distribuidos) así como imaginaria simbólica; luego son incorporados los componentes lingüísticos. Los esquemas emocionales son representaciones prototípicas del self en relación con los otros construidas a través de repetidos episodios con estados afectivos compartidos. Tales estados son activados repetidamente en respuesta a personas y sucesos particulares. En palabras de Bucci: “En el mismo sentido que las observaciones repetidas de un objeto forman clases funcionalmente equivalentes e imágenes prototípicas, de la misma manera, los repetidos episodios con un núcleo afectivo común, comprendiendo otras personas en relación al self también forman clases funcionalmente equivalentes a partir de las cuales se generan imágenes prototípicas de los episodios” (p. 195). Tales episodios prototípicos, incorporados en la memoria, se transforman en modelos de trabajo de lo que probable-



mente sucede cuando uno tiene un deseo o una necesidad, y en tales situaciones proveen las expectativas acerca de lo que las otras personas probablemente puedan hacer y como probablemente se va a sentir uno. En otras palabras, las múltiples ocurrencias de tales episodios son agrupadas como equivalentes funcionales en la experiencia, con un núcleo afectivo común y producen formas prototípicas duraderas. Al aumentar la complejidad en el desarrollo, distintos esquemas se van asociando con diferentes categorías emocionales y con diferentes situaciones vinculares. Así, Bucci combina características del núcleo interpersonal del self de Stern con nuestras tempranas nociones de un núcleo afectivo de la experiencia estable y siempre funcionando. La teoría de Bucci de códigos múltiples para el procesamiento (sub-simbólico, simbólico no-verbal y verbal) es elegante y compleja. Los esquemas emocionales no están fijos o estáticos en la memoria. Son activos y se están reformando continuamente en un funcionamiento adaptativo; exhiben cambios, así como continuidad en medio de nuevas experiencias interpersonales. Sin embargo, queda establecido que los esquemas emocionales del self en relación con los otros pueden ser más resistentes al cambio en el curso del desarrollo que otros esquemas prototípicos, debido a la fuerte influencia del input subsimbólico en las tempranas asociaciones de la experiencia interpersonal. Luego, para Bucci, tales esquemas devienen la base de la organización del self y de la transferencia. Esto nos lleva a nuestra siguiente sección que tiene que ver con los incentivos que esta línea de pensamiento tiene para el psicoanálisis.

INCENTIVOS PARA EL PSICOANALISIS

La utilidad de un modelo que incluye las latentes influencias organizadoras de los esquemas emocionales del self en relación con los otros puede ser ilustrada por las investiga-

ciones en curso y por el pensamiento clínico orientado en el desarrollo.

Ejemplos de investigación empírica

Dos áreas altamente productivas de la investigación en psicoanálisis utilizan un modelo teórico similar al descrito más arriba. Cada área ha dado lugar a numerosos estudios emanados de muchos grupos de investigadores que nos han provisto de un rico cuerpo de literatura empírica. Uno se ve tentado a identificar a cada área como un sub-campo dentro del psicoanálisis, aunque yo meramente aludiré a ellos mediante algunas limitadas citas.

En primer lugar está el área de la investigación del apego. Experiencias parentales tempranas, que incluyen las variaciones individuales en la sensibilidad hacia las necesidades del bebé y sus señales emocionales han sido asociadas por los investigadores a las diferencias individuales observadas en las modalidades de comportamientos de apego seguro o inseguro, como se ve en las separaciones y re-encuentros del niño con sus padres (para una revisión véase los meta-análisis de varios estudios de DeWolff y van Ijzendoorn, 1996). Estos hallazgos son consistentes con la idea de que los intercambios emocionales repetidos con los cuidadores conducen a una importantísima expectativa emocional internalizada que está siempre presente con respecto al self, en su relación con los otros (lo que los investigadores sobre el apego denominan “modelos de trabajo del apego”). Hay hallazgos que apoyan la idea de que lo que se internaliza es una relación específica, es decir las expectativas afectivas en curso del self en relación con el padre son organizadas separadamente de las expectativas afectivas en relación con la madre. Estos últimos hallazgos han sido muy dramáticos en una serie de estudios generacionales cruzados. Estos estudios utilizan la entrevista de apego adulto, un instrumento psicoanalíticamente orientado diseñado por



Mary Main y colaboradores (Main, 1993) para estudiar la transmisión de la seguridad en el apego. Los padres son entrevistados durante el embarazo de la madre y se clasifican las diferencias individuales en los modelos de trabajo del apego. Luego éstas son relacionadas con patrones de apego observados más de un año después en encuentros y separaciones entre el bebé y los padres. Se encuentra consistencia a través de generaciones en varios estudios (véase un meta-análisis y una revisión de tales estudios por van Ijzendoorn, 1995). Un estudio longitudinal en curso, hecho por Fonagy y colaboradores es especialmente valioso (Fonagy, Steele y Steele, 1991; Steele, Steele y Fonagy, 1996). Las clasificaciones de las entrevistas del apego adulto hechas previamente con cada uno de los padres predijeron las clasificaciones de apego que fueron obtenidas en la observación hecha en el niño, a los doce meses con su madre y a los diez y ocho meses con el padre. Sin embargo, había una mínima superposición entre los dos grupos de clasificaciones padre-hijo/madre-hijo. Tales resultados sugieren una notoria especificidad del vínculo en el desarrollo temprano. El infante internaliza modelos independientes de esquemas emocionales para el self en relación con los otros y éstos están basados en la particularizada historia de la interacción del niño con cada uno de sus padres. Estos, a su vez, están conectados a la representación individual de su propia historia de apego (Fonagy y Target, 1997). La segunda área de investigación que utiliza el modelo de los

esquemas emocionales del self en su relación con los otros tiene que ver con el proceso psicoanalítico de adultos en tratamiento. Cantidad de estudios han extendido los pioneros esfuerzos de Lester Luborsky y sus colegas que tipificaron a lo largo de tratamientos psicoanalíticos los episodios centrales de relación. Patrones de repeticiones transferenciales son identificados según un modelo que incluye los deseos del self en relación a las respuestas an-

tipicadas de los otros, junto con las imaginadas respuestas afectivas del self. El tema de las relaciones nucleares conflictivas (CCRT) ha originado una variedad de métodos similares, todos los cuales pueden ser considerados como sistemas guiados para la formulación de patrones de transferencia en el tratamiento psicoanalítico (véase la excelente revisión del CCRT y otros métodos relacionados en Luborsky y Luborsky, 1993). Tales métodos se apoyan en audio grabaciones y transcripciones de sesiones de psicoanálisis y psicoterapia que son codificadas de diversas maneras (Kächele y Thomä, 1995; Thomä y Kächele, 1987).

Pensamiento clínico

Las implicancias clínicas surgen del considerar al psicoanálisis como un proceso en desarrollo, como una intensa experiencia que descansa en el establecimiento de una clase especial de intimidad y como tal es un tema profundamente afectivo. Las comunicaciones emocionales son utilizadas en su formación, mantenimiento, interrupciones, reparaciones y terminación. Así como podríamos decir que no existiría un infante sin la existencia de una relación de intimidad con el cuidador, también podríamos decir que no habría psicoanálisis sin la intimidad de la relación psicoanalítica. Y creo que paralelamente podemos decir que sin un cuidador emocionalmente disponible y sin un psicoanalista emocionalmente disponible no habría un saludable proceso de desarrollo en cualquiera de las dos clases de relaciones íntimas. Lo que necesitamos es prestar más atención teórica y empírica a las cuestiones que tienen que ver con qué clases de disponibilidad emocional son las apropiadas dentro de una situación psicoanalítica profesionalmente controlada; esto puede conducir o no a cambios en la técnica con consecuencias en los resultados que pueden ser estudiadas. Permítanme ilustrar esto último



revisando algunos terrenos que hemos explorado y exponiendo algunos ejemplos de las cuestiones a pensar. Insisto en que al señalar las similitudes con los procesos del desarrollo temprano no estoy sugiriendo ni una regresión ni una cercana similitud entre las experiencias, en vez de eso estoy formulando preguntas acerca de aspectos fundamentales del desarrollo que aparecen tempranamente, continúan a lo largo de la vida y pueden ser vitales para el progreso del psicoanálisis.

En las fases tempranas del trabajo psicoanalítico, con las luchas y ansiedades relacionadas con la experiencia de entrar en una intimidad especial, los procesos emocionales pre-existentes son de particular importancia. El analizando trae a la experiencia diversas clases de modelos de funcionamiento de los sentimientos de seguridad que están vigentes. Pero, cualquiera sea la variedad, esta nueva experiencia afectiva se debe incorporar al grupo pre-existente de expectativas que tiene que ver con la confianza, instalando una “alianza de trabajo” con el analista (Greenson, 1967); como en el desarrollo temprano, los sentimientos de confianza y seguridad comienzan a permitir una mayor autonomía. Tales sentimientos permiten la libre asociación y que las cosas que se experimentan tengan significado afectivo. Los esquemas emocionales del self en relación con los otros son recordados y reactivados cada vez más. Por supuesto, este proceso no es lineal, fácil o rápido; es irregular, dinámicamente dificultoso y lleva mucho tiempo. Tampoco el proceso tiene lugar sin un analista atento y que responda emocionalmente. Esto da lugar a un número de preguntas. ¿Cuál es la influencia de las variaciones en las comunicaciones emocionales del analista? ¿Cómo influye la diferencia entre sesiones cara a cara o utilizando el diván?

En las fases tardías del trabajo analítico se generan diferentes clases de emociones y eventualmente se ponen en evidencia las espe-

ciales configuraciones de las experiencias originadas en el conflicto transferencial. Tiene lugar la reactivación de viejos e inadecuados esquemas emocionales del self en relación con los otros y con el tiempo, y con la ayuda de la interpretación aparecen las oportunidades para la reorganización de tales esquemas de una manera más útil (o lo que Bucci, utilizando el lenguaje de las ciencias cognitivas llamaría “recategorización” de tales esquemas). Las experiencias afectivas en el aquí y ahora son entonces las encargadas de brindar otra manera de funcionamiento y devienen posibles “nuevos comienzos” en el psicoanálisis (Balint, 1952; Loewald, 1960).

Un tema de este trabajo es que los procesos afectivos proveen influencias para integrar los cambios en el desarrollo. Se puede esperar que los nuevos comienzos en el desarrollo comprendan nuevas experiencias afectivas, nuevas modalidades y nuevas expresiones. Y como lo hemos comprobado, las emociones particulares son complejas, con nuevas configuraciones y nuevos componentes emergiendo a menudo en nuevos contextos relacionales. Algunas preguntas relevantes: ¿hemos estado prestando atención a las nuevas emociones que surgen en el trabajo analítico? ¿Cuál es el rol del analista al reconocer e interpretar las nuevas emociones y sus conexiones? Parece probable que será necesario un período de tiempo para apreciar tales nuevas experiencias –tanto dentro como fuera de la situación psicoanalítica– que facilitarán nuevas integraciones adaptativas. ¿Cuáles son las consecuencias de las variaciones y del tiempo permitidos para practicar o “ensayar” nuevos patrones afectivos y sus integraciones?

Otro tema de este trabajo es que los procesos afectivos proveen de influencias integradoras para la continuidad del desarrollo. Los nuevos comienzos en el trabajo analítico deben conectarse con la afirmación de un sentido nuclear del self, o lo que ahora conceptualizaríamos mejor como un equipo di-



námico de esquemas emocionales del self en relación con los otros. Las nuevas conexiones con el pasado biográfico y la vida emocional en curso necesitan ser flexiblemente adaptativas en los diferentes contextos de relaciones y circunstancias. Uno necesita sentirse seguro de que puede seguir manteniendo la coherencia pese a las muchas posibilidades de cambio. Nuevamente ¿cuáles son las consecuencias de las variaciones en el tiempo permitido para practicar tales nuevas integraciones? ¿Cuáles son las consecuencias de las variaciones en la respuesta afectiva del analista a estas nuevas integraciones guiadas por el afecto?

Tanto los cambios en el desarrollo como la continuidad con las conexiones afectivas se benefician con la reflexión y este trabajo de ninguna manera intenta menoscabar el rol de la actividad interpretativa en el trabajo analítico. Como la ha enfatizado Kohut (1971), las consideraciones de la técnica psicoanalítica incluyen tanto la introspección como la empatía.

Esto nos lleva a dos aspectos de la comunicación emocional que merecen una mayor exploración teórica y empírica: 1) la señal de afecto y 2) la empatía y la comunicación inconsciente. Como hemos expuesto, se acepta que la señal de afecto incluye una variedad de procesos afectivos y cualidades de patrones emocionales y, siguiendo la línea de este trabajo, esto origina nuevas preguntas. Además de proveer de defensas movilizadoras y de aviso, ¿juegan las señales de afecto algún papel en las nuevas conexiones? ¿Las señales de afecto cambian a lo largo de las fases de desarrollo del trabajo psicoanalítico a medida que los esquemas transferencialmente activados se van reorganizando? ¿Es útil pensar a las señales de afecto como anticipatorias para el fortalecimiento yoico así como anticipatorias de las defensas? La gran mayoría de las señales de afecto ocurren automáticamente, inconscientemente y como una capacidad intuitiva. Esto origina otras preguntas. ¿Cuáles son las modi-

ficaciones de los patrones de señalización afectiva en el analista a consecuencia de los cambios en los patrones del analizando? ¿Hay influencias integradoras de las señales de afecto del analista que contribuyan a la especial experiencia del desarrollo en el psicoanálisis? Si es así, ¿cómo podemos caracterizarlas y considerar sus consecuencias?

Esto conduce a una segunda área, la de la empatía y la comunicación inconsciente. Como muchos lo han notado, en la empatía del analista participa la comunicación inconsciente que paradójicamente presupone un nivel de bienestar con los afectos inconscientes despertados (Beres y Arlow, 1974; De M'uzan, 1980; y Rothenberg, 1987). En dicho proceso la empatía del analista no sólo resuena con las más "simples" de las emociones, como señala Lebovici (1998), sino que también participan emociones más complejas, con conflicto y ambivalencia. Otros han enfatizado la importancia de la respuesta emocional del analista además de su atención libremente flotante (Heimann, 1950; Sandler y Sandler, 1978; Lipton, 1977; Tyson, 1986; Kohut, 1971; Loewald, 1986). Lo que parece importante es una constante disponibilidad para el despertar afectivo de la fantasía inconsciente; en otras palabras, una disponibilidad para la comunicación contratransferencial afectiva e integradora. Nuevamente surgen preguntas que requieren aclaración. ¿Podemos dirigirnos de una manera más efectiva a la organizada complejidad de tales comunicaciones afectivas? ¿Cuáles son los componentes emocionales en curso que forman parte de tal proceso? ¿Cuáles son los componentes dinámicamente inconscientes y en conflicto en oposición a aquellos que poseen capacidad procesual? ¿Cuáles son las consecuencias para los variables grados de correspondencia con los estados afectivos de los pacientes? Bucci (1997) en concordancia con Stern (1985) postula que la "sintonía afectiva" tiene que ocurrir dentro de un rango aceptable en el trabajo psicoanalítico. Es sólo



cuando esto ocurre que un “proceso referencial” que une las funciones verbales y simbólicas a las funciones sub-verbales puede permitir nuevos significados emocionales y la reorganización de los esquemas emocionales del self en relación con los otros (Bucci, 1997). Como dijimos en la introducción del trabajo, tendemos a dar por sentado que el trabajo psicoanalítico comprende nuevas conexiones emocionales y nuevos procesos integradores. Recién estamos comenzando a explorar estas cuestiones.

UNA CONEXION CON LAS NEUROCIENCIAS Y DIRECCIONES FUTURAS

Nuestras formulaciones acerca de los procesos afectivos y sus influencias integradoras tendrían poca utilidad si no fueran consistentes con el avance en el conocimiento aportado por las neurociencias cognitivas. Recientes revisiones de trabajos de esta disciplina han sido realizados por Schore (1994; 1997) y por Bucci (1997). Más aún, importantes neurocientíficos han escrito libros de lectura accesible que arrojan nueva luz sobre las bases biológicas de los procesos afectivos, así como también sobre las funciones integradoras del cerebro (Damasio, 1994; Edelman, 1992; LeDoux, 1996). Nuevos métodos en genética molecular, neuroquímica celular y estudios por imágenes del funcionamiento cerebral se van agregando a nuestros conocimientos a creciente velocidad y en la actualidad se están haciendo estudios sobre el desarrollo. No es el objetivo de este trabajo cubrir este campo, pero mencionaremos algunos puntos seleccionados relacionados con nuestro tema.

1- Existe gran acuerdo acerca de la utilidad de tener en cuenta el punto de vista del procesamiento de la información. En esta perspectiva, los procesos afectivos tratan de la valoración, de lo que importa. Tales procesos también incluyen cognición así como retro-

alimentación, no sólo entre las acciones de una persona y el entorno sino también entre una variedad de funciones fisiológicas en curso. Los resultados del procesamiento pueden ser conscientes, pero hay un procesamiento de información continuo, multifacético, guiado por el afecto que ocurre por fuera de la atención focal que requiere del funcionamiento del lóbulo frontal (Bucci, 1997; Damasio, 1994; Gazzaniga, 1985; LeDoux, 1996).

2- Nuevos métodos dentro de las neurociencias están profundizando nuestro conocimiento acerca de las estructuras y vías del procesamiento de la información emocional. Aunque puede considerarse que la localización dinámica del funcionamiento emocional reside en las filogenéticamente viejas áreas de la amígdala y el giro cingulado anterior, hay cruciales inputs desde la corteza frontal (para la anticipación, categorización y preparación para la acción), desde el hipocampo (para la conexión con la memoria) así como desde el hipotálamo, desde el sistema nervioso autónomo, desde el sistema endócrino hipotálamo-hipofisis-corteza suprarrenal y desde núcleos neurotransmisores más ampliamente distribuidos. También son importantes las conexiones de retroalimentación desde los músculos de la cara y de los miembros.

3- Todavía se está investigando acerca de la localización y características de los circuitos para determinados patrones emocionales. Algunas emociones están más conformadas por restricciones innatas (por ejemplo miedo, temor, alegría, tristeza y desagrado) que otras que están más moduladas por recuerdos y estimaciones cognitivas (por ejemplo vergüenza, culpa, envidia y celos). Los avances en nuestro conocimiento acerca de las vías dinámicas y sus conexiones interactivas son tan importantes como la identificación de las localizaciones. LeDoux (1996), en un importante trabajo experimental, demostró que hay dos vías para procesar el estímulo del miedo. Una vía es de acción rápida y puede procesar los



estímulos sensoriales directamente desde el tálamo a la amígdala sin la participación de la corteza sensorial prefrontal. La rápida vía hacia la amígdala permite una rápida respuesta frente a estímulos potencialmente peligrosos siguiendo patrones innatos de respuesta, antes de tener que inferir de qué se trata el estímulo o de evocar un proceso conciente.

4 Los neurocientíficos también están empezando a proveer bases para el conocimiento de las señales afectivas y de los esquemas del self en relación con los otros. Estos datos han sido revisados por Schore (1994). Como sería de esperar, las regiones corticales prefrontales del cerebro son las que se ocupan de categorizar las contingencias en términos de la importancia personal. Mediante sus conexiones se generan escenas que relacionan resultados pasados y futuros, y éstos incluyen un vasto conocimiento afectivo del self en relación con los otros. Más aún, como expresa Damasio, la base neural del self incluye los procesos en curso de referencia interna. Esto incluye representaciones de dos clases: 1) una identidad hecha de recuerdos autobiográficos del pasado y posibilidades futuras y 2) un background de los estados corporales y emocionales. De esta manera, el funcionamiento de un sentido del self comprende la actividad coordinada de múltiples regiones cerebrales y es la resultante de un continuado proceso de reconstrucción del cual uno no se da cuenta a menos que haya una interrupción. De acuerdo con las teorías de Damasio (1994) y LeDoux (1996), las señales de afecto anticipatorias operan automáticamente y al igual que en la teoría psicoanalítica, surgen como estructuras adaptativas aprendidas durante el desarrollo del individuo.

INCERTIDUMBRES Y ALTERNATIVAS EMOCIONALMENTE GUIADAS EN EL DESARROLLO

Finalizamos con algunas humildes y esperanzadas consideraciones científicas. El trabajo comenzó con preguntas acerca de la integración que condujeron a reflexiones sobre la naturaleza interactiva del desarrollo. A estas reflexiones se agrega el conocimiento sobre la genética del desarrollo. Hemos aprendido que los genes trabajan de manera interactiva; sólo trabajan con la participación del entorno. Como ha dicho Gottlieb (1992), las “co-acciones” genético-ambientales tienen lugar a todo nivel del organismo. Y las interacciones a lo largo del desarrollo son topológicas y extraordinariamente complejas, probabilísticas y selectivas según la función (Edelman, 1992; Ellman y col., 1996). Más aún, las transiciones del desarrollo deben ser pensadas en términos de “probabilidad epigenética” donde los aportes del entorno y su temporalidad juegan un rol mayor (Gottlieb, 1992). El cuadro se agranda con los recientes avances en el sistema de pensamiento dinámico y con el desarrollo del área de la inteligencia artificial conocida como conexionismo (Ellman y col., 1996). Ambos proveen líneas de guía para el modelado de tales procesos, muchos de los cuales pueden ser denominados como organizadores del self. El pensamiento conexionista enfatiza que la evolución asegura resultados adaptativos pero no especifica los escalones del camino. De esta manera, las raíces para los resultados adaptativos son variadas y a menudo indirectas. Aunque los mecanismos dados por la evolución pueden a veces no ser óptimos, funcionan la mayor parte del tiempo y aportan flexibilidad. Por otra parte, el nuevo modelo aportado por el conexionismo también nos aporta incertidumbres e imprevisiones (como sucede en la vida real). Somos humildes porque estamos enfrentando lo que la ciencia no puede responder. Por otra parte,



podemos tener esperanzas porque tenemos presente la importancia de comprender las vías alternativas del desarrollo en un mundo cambiante. Diversos caminos para posibles resultados adaptativos pueden tener lugar frente a un espectro de distintas condiciones adversas tanto biológicas como del entorno. Cuanto más aprendamos de esos caminos, mayor oportunidades tendremos para ser útiles...

Puede resultar sorprendente una conclusión científica que emana de esta línea de desarrollo. Tiene que ver con lo que consideramos hoy en día como un rol sustancial para la autodeterminación, la imaginación y la creatividad. Aunque los psicoanalistas a menudo se centran en las repeticiones y las rigideces de una mala adaptación, hemos llegado a apreciar que el ser humano se caracteriza

por tener una habilidad para construir alternativas imaginativas y mundos internos que puedan dar soluciones alternativas en su relación con los otros. En el proceso psicoanalítico, las experiencias “como si” de la transferencia proveen oportunidades a través del trabajo interpretativo guiado por el afecto para reforzar las posibilidades alternativas. Esto permite una mayor influencia integradora de los procesos afectivos. De esta manera, las experiencias “como si” pueden conducir a las formas de pensamiento, de planificación y de toma de decisiones del tipo “qué pasaría si”. Vemos pues que las actividades imaginativas anticipatorias, guiadas por las emociones, son una característica del desarrollo interactivo del ser humano. Continúan siendo una fuente de admiración.



Referencias:

- ANSTADT, TH., MERTEN, J., ULLRICH, B., & KRAUSE, R. (1997). Affective dyadic behavior, core conflictual relationship themes and success of treatment. *Psychotherapy Research*, 7(4), 397-417.
- ANTHONY, E. J. (1975). Childhood depression. In E. J. Anthony & T. Benedek (Eds.), *Depression and Human Existence* (pp. 231-277). Boston: Little, Brown & Co.
- BALINT, M. (1952). New beginning and the paranoid and the depression syndromes. *International Journal of Psycho-Analysis*, 33, 214-224.
- BARNETT, A. B., & BARNETT, R. J. (1998). *The Youngest Minds*. New York: Simon and Schuster.
- BASCH, M. F. (1976). The concept of affect: a re-examination. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(4), 759-777.
- BERES, D., & ARLOW, J. A. (1974). Fantasy and identification in empathy. *Psychoanalytic Quarterly*, 43, 26-50.
- BIBRING, E. (1953). The mechanism of depression. In P. Greenacre (Ed.), *Affective Disorders* (pp. 13-48). New York: International Universities Press.
- BION, W. R. (1962). *Learning from Experience*. New York: Basic Books.
- BIRINGEN, Z., EMDE, R. N., CAMPOS, J. J., & APPELBAUM, M. I. (1995). Affective reorganization in the infant, the mother, and the dyad: The role of upright locomotion and its timing. *Child Development*, 66(2), 499-514.
- BLAU, A. (1955). A unitary hypothesis of emotion: I. Anxiety, emotions of displeasure, and affective disorders. *Psychoanalytic Quarterly*, 24, 75-103.
- BOWLBY, J. (1969). *Attachment and Loss: Vol. I (Attachment)*. New York: Basic Books.
- (1973). *Attachment and Loss: Vol. II (Separation, Anxiety and Anger)*. New York: Basic Books.
- BRAZELTON, T. B. (1969). *Infants and Mothers: Differences in Development*. New York: Delacorte Press.
- & CRAMER, B. G. (1990). *The Earliest Relationship*. Reading, MA: Addison-Wesley Publishing Company.
- BRENNER, C. (1974). On the nature and development of affects: a unified theory. *Psychoanalytic Quarterly*, 43, 532-556.
- (1975). Affects and psychic conflict. *Psychoanalytic Quarterly*, 44, 5-28.
- BRETHERTON, I., RIDGEWAY, D., & CASSIDY, J. (1990). Assessing internal working models of the attachment relationship; an attachment story completion task for 3-year-olds. In M. T. Greenberg, D. Cicchetti, & E. M. Cummings (Eds.), *Attachment in the Preschool Years; Theory, Research, and Intervention*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- BRUNER, J. S. (1986). *Actual Minds, Possible Worlds*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- BUCCI, W. (1997). *Psychoanalysis and Cognitive Science; A Multiple Code Theory*. New York: The Guilford Press.
- BUCHSBAUM, H. K., & EMDE, R. N. (1990). Play narratives in thirty-sixmonth-old children: Early moral development and family relationships. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 40, 129-155.
- CAMPOS, J. J. CAMPOS, R. G., BARRETT, K. C. (1989). Emergent themes in the study of emotional development and emotion regulation. *Developmental Psychology*, 25(3) 394-402.
- CAMPOS, J. J., BARRETT, K. C., LAMB, M. E., GOLDSMITH, H. H. & STENBERG, C. (1983). Socioemotional development. In M. Haith & J. J. Campos (Eds.), *Handbook of Child Psychology: Vol. I*. (pp. 783-915). New York: Wiley.
- CASTELNUOVO-TEDESCO, P. (1974). Toward a theory of affects. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 22(3), 612-625.
- CLYMAN, R. B. (1991). The procedural organization of emotions: A contribution from cognitive science to the psychoanalytic theory of therapeutic action. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39, 349-382. Supplement.
- DAMASIO, A. R. (1994). *Descartes' Error*. New York: Avon Books.
- DARWIN, C. (1872). *The Expression of Emotions in Man and Animals*. London: John Murray.



- DE M'UZAN, M. (1980). Countertransference and the paradoxical system. In S. Lebovici, & D. Widlöcher (Eds.), *Psychoanalysis in France*. New York: International Universities Press.
- DEWOLFF, M. S., & VAN IJZENDOORN, M. H. (1996). Sensitivity and attachment: A meta-analysis on parental antecedents of infant attachment, *Child Development*, 68(4), 571-591.
- EDELMAN, G. M. (1992). *Bright Air, Brilliant Fire*. New York: Basic Books.
- EKMAN, P. (1994). Moods, emotions, and traits. In P. Ekman, & R. J. Davidson (Eds.). (1994). *The nature of emotion*. New York: Oxford University Press. — & DAVIDSON, R. J. (Eds.). (1994). *The Nature of Emotion*. New York: Oxford University Press.
- ELLMAN, J. L., BATES, E. A., JOHNSON, M. H., KARMILOFF-SMITH, A., PARISI, D., & PLUNKETT, K. (1996). *Rethinking Innateness: A Connectionist Perspective on Development*. Cambridge and London: The MIT Press.
- EMDE, R. N. (1980). Toward a psychoanalytic theory of affect: I. The organizational model and its propositions. In S. Greenspan & G. Pollock (Eds.), *The Course of Life: Psychoanalytic Contributions Toward Understanding Personality Development*. Vol. I: *Infancy and Early Childhood* (pp. 63-83). Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- (1983). The prerepresentational self and its affective core. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 38, 165-192.
- (1988). Development terminable and interminable: II. Recent psychoanalytic theory and therapeutic considerations. *International Journal of Psycho-Analysis*, 69, 283-296.
- (1990). Mobilizing fundamental modes of development—an essay on empathic availability and therapeutic action. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 38(4), 881-913.
- (1992). Social referencing research: Uncertainty, self, and the search for meaning. In S. Feinman (Ed.), *Social Referencing and the Social Construction of Reality in Infancy* (pp. 79-94). New York: Plenum Press.
- & CAMPOS, J. J., (in preparation). The concept of developmental transitions.
- & HARMON, R. J. (1972). Endogenous and exogenous smiling systems in early infancy. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 11, 177-200.
- & BIRINGEN, Z., CLYMAN, R. B., & OPPENHEIM, D. (1991). The moral self of infancy: Affective core and procedural knowledge. *Developmental Review*, 11, 251-270.
- & GAENSBAUER, T. J., & HARMON, R. J. (1976). Emotional expression in infancy: A biobehavioral study. *Psychological Issues, A Monograph Series, Inc.*, 10(37). New York: International Universities Press.
- & JOHNSON, W. F., & EASTERBROOKS, M. A. (1987). The do's and don'ts of early moral development: Psychoanalytic tradition and current research. In J. Kagan & S. Lamb (Eds.), *The Emergence of Morality in Young Children* (pp. 245-277). Chicago: University of Chicago Press.
- & ROBINSON, J., & CORLEY, R. (1996). *Proceedings of the National Institute of Mental Health Conference on Developmental Plasticity*.
- ENGEL, G. (1962). Anxiety and depression-withdrawal: the primary affects of unpleasure. *International Journal of Psycho-analysis*, 43, 89-97.
- ERIKSON, E. (1950). *Childhood and Society*. New York: Norton.
- (1959). Identity and the life cycle. *Psychological Issues*, 1(1). New York: International Universities Press, pp. 50-100.
- FAIRBAIRN, W. D. (1963). Synopsis of an object-relations theory of the personality. *International Journal of Psycho-Analysis*, 4, 224-225.
- FEINMAN, S. & LEWIS, M. (1983). Social referencing at ten months: a second-order effect on infants' responses to strangers. *Child Development*, 54(4), 878-887.
- & LEWIS, M. (April 1981) Maternal effects on infants' responses to strangers. Paper presented at the meeting of SRCD, Boston, Massachusetts.
- FENICHEL, O. (1945). *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*. New York: Norton.



- FENSON, L., DALE, P. S., REZNICK, J. S., BATES, E., THAL, D. J., & PETHICK, S. J. (1994). Variability in Early Communicative Development. With Commentary by M. Tomasello and C. B. Mervis and by J. Stiles. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 59(5, Serial No. 242).
- FONAGY, P., & TARGET, M. (1997). Attachment and reflective function: Their role in self-organization, *Development and Psychopathology*, 9, 679-700.
- & STEELE, M., STEELE, H. (1991). Maternal representations of attachment during pregnancy predict the organization of infant-mother attachment at one year of age. *Child Development*, 62, 880-893.
- FREUD, S. (1905). Three essays on the theory of sexuality. In J. Strachey (Ed. and Trans.), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. 7, pp. 125-245). London: Hogarth Press.
- GAZZANIGA, M. S. (1985). *The Social Brain*. New York: Basic Books.
- GERGELY, G., & WATSON, J. (1996). *International Journal of Psycho-Analysis*, 77, 1181-1212.
- GOLDSMITH, H. & CAMPOS, J. (1982). Toward a theory of infant temperament. In R. N. Emde & R. J. Harmon (Eds.), *The Development of Attachment and Affiliative Systems* (pp. 161-193). New York: Plenum.
- GOTTLIEB, G. (1992). *Individual Development & Evolution*. New York: Oxford University Press.
- GREENACRE, P. (1971). *Emotional Growth*. New York: International Universities Press.
- GREENSON, R. R. (1967). *The Technique and Practice of Psychoanalysis*, Vol. 1. New York: International Universities Press.
- GUNTRIP, H. (1971). *Psychoanalytic Theory, Therapy, and the Self*. New York: Norton.
- HARTMANN, H. (1939). *Psychoanalysis and the Problem of Adaptation*. New York: International Universities Press.
- HEIMANN, P. (1950). On counter-transference. *International Journal of Psycho-Analysis*, 31, 81-84.
- HOROWITZ, M. J. (1991). Emotionality and schematic control processes. In M. J. Horowitz (Ed.), *Person Schemas and Maladaptive Interpersonal Patterns* (pp. 413-423). Chicago and London: University of Chicago Press.
- IZARD, C. (1977). On the development of emotions and emotion-cognition relationships in infancy. In M. Lewis & L. Rosenblum (Eds.), *Origins of Behavior: Affective Development*. New York: Plenum.
- JACOBSON, E. (1953). The affects and their pleasure-unpleasure qualities, in relation to the psychic discharge processes. In R. Lowenstein (Ed.), *Drives, Affects, Behavior* (pp. 38-66). New York: International Universities Press.
- (1957). Normal and pathological moods: their nature and functions. *Psychoanalytic Study of the Child*, 12, 73-126
- KAGAN, J. (1981). *The Second Year: The Emergence of Self-Awareness*. Cambridge: Harvard University Press.
- (1994). *Galen's Prophecy: Temperament in Human Nature*. New York: Basic Books.
- KAUFMAN, I. C. (1977). Developmental considerations of anxiety and depression: psychobiological studies in monkeys. *Psychoanalysis and Contemporary Science*, Vol. 4 (pp. 317-363). New York: International Universities Press.
- KERNBERG, O. F. (1976). *Object Relations Theory and Clinical Psychoanalysis*. New York: Jason Aronson.
- (1990). New perspectives in psychoanalytic theory in R. Plutchik, & H. Kellerman (Eds.), *Emotion: Theory, Research, and Experience* (pp. 115-131). New York: Academic Press.
- KLEIN, G. S. (1967). Peremptory ideation: structure and force in motivated ideas. In R. R. Holt (Ed.), *Psychological Issues*, 5(2-3), Monograph 18/19. New York: International United Press.
- KLINNERT, M. D., CAMPOS, J. J., SORCE, F. J., EMDE, R. N. & SVEJDA, M. J. (1983). Social referencing: emotional expressions as behavior regulators. In R. Plutchik & H. Kellerman (Eds.), *Emotion: Theory, Research and Experience: Vol. 2* (pp. 57-86). New York: Academic Press.
- KOHUT, H. (1971). *The Analysis of the Self*. New York: International Universities Press.
- (1977). *The Restoration of the Self*. Madison, Connecticut: International Universities Press.
- KRAUSE, R. (1997). *Allgemeine Psychoanalytische Krankheitslehre. Band 1. Grundlagen* Stuttgart: Kohlhammer.



- LANDAUER, K. (1938). Affects, passions and temperament. *International Journal of Psycho-Analysis*, 19, 388-415.
- LAZARUS, R. W. (1991). *Emotion & Adaptation*. New York and Oxford: Oxford University Press.
- LEBOVICI, S. (1998). Lettre ouverte à Robert Emde et réponse à ses questions concernant l'empathie. Le bébé et les interactions précoces. Sous la direction de Alain Braconnier et Joël Sipos (pp. 926). Paris France: Presses Universitaires de France.
- LEDOUX, J. (1996). *The Emotional Brain*. New York: Simon and Schuster, A Touchstone Book.
- LEWIS, M. & BROOKS-GUNN, J. (1979). Toward a theory of social cognition: the development of self. In I. Uzgiris (Ed.), *New Directions in Child Development: Social Interaction and Communication during Infancy* (pp. 23-33). San Francisco: Jossey-Bass.
- & HAVILAND, J. M. (Eds.) (1993). *Handbook of Emotions*. New York and London: The Guilford Press.
- LICHTENBERG, J. D. (1989). *Psychoanalysis and Motivation*. New York: Analytic Press.
- LIPTON, S. D. (1977). The advantages of Freud's technique as shown in his analysis of the rat man. *International Journal of Psycho-Analysis*, 41, 16-33.
- LOEWALD, H. W. (1960). On the therapeutic action of psycho-analysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 41, 16-33.
- (1971). On motivation and instinct theory. *Psychoanalytic Study of the Child*, 26, 91-128.
- (1986) Transference-countertransference. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 34, 275-287.
- LUBORSKY, L., & LUBORSKY, E. (1993). The era of measures and transference: The CCRT and other measures. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39, 329-351. Supplement.
- MAHLER, M. S., PINE, F. & BERGMAN, A. (1975). *The Psychological Birth of the Human Infant: Symbiosis and Individuation*. New York: Basic Books.
- MAIN, M. (1993). Discourse, prediction, and recent studies in attachment: Implications for psychoanalysis. In T. Shapiro & R. N. Emde (Eds.), *Research in Psychoanalysis: Process, Development, Outcome* (pp. 209-244). Madison, CT: International Universities Press.
- MORGAN, G. A. & HARMON, R. J. (1984). Developmental transformations and mastery motivation: measurement and validation. In R. N. Emde and R. J. Harmon (Eds.), *Continuities and Discontinuities in Development* (pp. 263-291). New York: Plenum.
- NOVEY, S. (1961). Further considerations on affect theory in psychoanalysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 42, 21-31.
- OPPENHEIM, D., EMDE, R. N., & WARREN, S. (1997). Children's narrative representations of mothers: Their development and associations with child and mother adaptation. *Child Development*, 68(1), 127-138.
- & NIR, A., WARREN, S., & EMDE, R. N. (1997). Emotion regulation in mother-child narrative co-construction: Associations with children's narratives and adaptation. *Developmental Psychology*, 33(2), 284-294.
- OSOFSKY, J. D., & EBERHART-WRIGHT, A. (1989). Risk and protective factors for parents and infants. Paper presented at Cornell Symposium on Human Development, Ithaca, New York.
- PETERFREUND, E. (1971). Information, systems and psychoanalysis: An evolutionary biological approach to psychoanalytic theory. *Psychological Issues*, (Monograph No. 25/26). New York: International Universities Press.
- PIAGET, J. (1952). *The Origins of Intelligence in Children*, 2nd Ed. New York: International Universities Press.
- PLOMIN, R., EMDE, R. N., BRAUNGART, J. M., CAMPOS, J., CORLEY, R., FULKER, D. W., KAGAN, J., REZNICK, J. S., ROBINSON, J., ZAHN-WAXLER, C., & DEFRIES, J. C. (1993). Genetic change and continuity from 14 to 20 months: The MacArthur Longitudinal Twin Study. *Child Development*, 64(5), 1354-1376.
- RADKE-YARROW, M., ZAHN-WAXLER, C. & CHAPMAN, M. (1983). Children's prosocial dispositions and behavior. In P. H. Mussen (Ed.), *Handbook of Child Psychology* (4th Ed.), E. M. Hetherington (Ed.), Vol. 4. New York: Wiley.
- RANGELL, L. (1967). Psychoanalysis, affects, and the human core. *Psychoanalytic Quarterly*, 36, 172-202.



- RAPAPORT, D. (1953). On the psychoanalytic theory of affect. *International Journal of Psycho-Analysis*, 34, 177-198.
- (1959). The structure of psychoanalytic theory: A systematizing attempt. *Psychological Issues, Monograph #6*. New York: International Universities Press.
- ROTHENBERG, A. (1987). *The Creative Process of Psychotherapy*. New York: Norton.
- SAMEROFF, A. J. (1978). Summary and conclusions: the future of newborn assessment. In A. J. Sameroff (Ed.), *Organization and Stability of Newborn Behavior*, 43(5-6, Serial No. 177, pp. 102-117). Monographs of SRCD.
- SANDER, L. W. (1962). Issues in early mother-child interaction. *The Journal of Child Psychiatry*, 1, 141-166.
- (1980). Polarity, paradox and the organizing process in development. Presentation at First World Conference on Infant Psychiatry, Cascais, Portugal.
- (1985). Toward a logic of organization in psychobiological development. In K. Klar & L. Siever (Eds.), *Biologic Response Styles: Clinical Implications*. Monograph Series of the American Psychiatric Press.
- SANDLER, J. (1960). On the concept of superego. *Psychoanalytic Study of the Child*, 15, 128-162.
- (1962). Issues in early mother-child interaction. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 3, 231-264.
- & JOFFE, W. G. (1969). Towards a basic psychoanalytic model. *International Journal of Psycho-Analysis*, 50, 79-90.
- & SANDLER, A. (1978). On the development of object relationships and affects. *International Journal of Psycho-Analysis*, 59, 285-296.
- SCHAFFER, R. (1964). The clinical analysis of affects. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 12, 275-299.
- SCHERER, K. R. & EKMAN, P. (Eds.) (1984). *Approaches to Emotion*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- (1984). On the nature and function of emotion: A component process approach. In K. R. Scherer & P. Ekman (Eds.), *Approaches to Emotion* (pp. 293-318). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- SCHORE, A. N. (1993). *Affect Regulation and the Origin of the Self*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- (1994). *Affect Regulation and the Origin of the Self. The Neurobiology of Emotional Development*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- (1997). Early organization of the nonlinear right brain and development of a predisposition to psychiatric disorders. *Development and Psychopathology*, 9, 595-631.
- SCHUR, M. (1969). Affects and cognition. *International Journal of Psycho-Analysis*, 50, 647-653.
- SMITH, L. B., & THELEN, E. (Eds.) (1993). *A Dynamic Systems Approach to Development*. Cambridge & London: The MIT Press.
- SORCE, J. F. & EMDE, R. N. (1981). Mother's presence is not enough: effect of emotional availability on infant exploration. *Developmental Psychology*, 17(6), 737-745.
- SPITZ, R. A. (1956). Transference: the analytical setting. *International Journal of Psycho-Analysis*, 37, 380-385.
- (1957). *No and Yes: On the Genesis of Human Communication*. New York: International Universities Press.
- (1959). *A Genetic Field Theory of Ego Formation*. New York: International Universities Press.
- (1965). The evolution of dialogue. In M. Schur (Ed.), *Drives, affects, behavior*, Vol. 2, 170-190. New York: International Universities Press.
- STEELE, H., STEELE, M., & FONAGY, P. (1996). Associations among attachment classifications of mothers, fathers, and their infants: Evidence for a relationship-specific perspective. *Child Development*, 67, 541-555.
- STERN, D. N. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books.
- (1989). The representation of relational patterns: Developmental considerations. In Sameroff, A. J., & Emde, R. N. (Eds.), *Relationship Disturbances in Early Childhood: A Developmental Approach* (pp. 52-69). New York: Basic Books.
- STOLOROW, R. D., BRANDCHAFT, B., & ATWOOD, G. E. (1987). *Psychoanalytic treatment. An Intersubjective Approach*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.



- THOMÄ, H., & KÄCHELE, H. (1987). *Psychoanalytic Practice. 1 Principles*. Germany: Berlin. Springer-Verlag.
- TOTH, S. L., CICCETTI, D., MACFIE, J., & EMDE, R. N. (1997). Representations of self and other in the narrative of neglected, physically abused, and sexually abused preschoolers. *Development and Psychopathology*, 9, 781-796.
- TRONICK, E. (1980). The primacy of social skills in infancy. In D. B. Sawin, R. C. Hawkins, L. O. Walker & J. H. Penticuff (Eds.), *Exceptional Infant: Vol. 4*. (pp. 144-158). New York: Brunner/Mazel
- TYSON, R. L. (1986). Countertransference evolution in theory and practice. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 34, 251274.
- VAN IJZENDOORN, M. H. (1995). Adult attachment representations, parental responsiveness, and infant attachment: A meta-analysis on the predictive validity of the Adult Attachment Interview. *Psychological Bulletin*, 117, 387-403.
- WARREN, S. L., OPPENHEIM, D. & EMDE, R. N. (1996). Can emotions and themes in children's play predict behavior problems? *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 34(10), 1331-1337.
- WINNICOTT, D. (1965). Ego distortion in terms of true and false self. *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. New York: International Universities Press. London: Hogarth Press.
- WOLF, D. P., RYGH, J., & ALTSHULER, J. (1984). Agency and experience: Actions and states in play narratives. In I. Bretherton (Ed.), *Symbolic Play. The development of social understanding* (pp. 195-217). Orlando: Academic Press, Inc. (Harcourt Brace Jovanovich, Publishers)
- ZAHN-WAXLER, C., RADKE-YARROW, M. & KING, R. A. (1979). Child rearing and children's prosocial initiations toward victims of distress. *Child Development*, 50, 319-330.
- & RADKE-YARROW, M., WAGNER, E., & CHAPMAN, M. (1992). Development of concern for others. *Developmental Psychology*, 28, 126136.

